

Amigo íntimo de la casa, al cabo de un mes, el Barón se consagró á la conquista de sus habitantes. Quería todas las comodidades y conveniencias posibles, y que, desde la dueña de la casa hasta el último de los criados, se esmerasen en procurárselas. No quería ver rostros huraños, ni sorprender actos hostiles. Este era su deseo, y no le realizó por completo. La resistencia la encontró en Edmea, y tampoco pudo vencer la antipatía de Billet. La señorita de Croix-Mort, que había saludado con burlas é ironías la intrusión del Barón en la vida común, apareció súbitamente taciturna. Cuando el Barón llegaba, apoderábase una grave tristeza de la hija de Regina, y sus ojos negros, hundidos bajos sus cejas, aparecían como velados por una sombra.

Cuando su madre la intimaba que permaneciera en el salón, estabase en un sitio apartado,

sentada, trabajando silenciosamente cerca de la ventana, oyendo indiferente y distraída el murmullo de la conversación entre Fernando y la Condesa. Si la Condesa la dirigía la palabra, contestaba lacónicamente *sí* ó *no*, y volvía á su mutismo. Hacía algunos días que se había instalado en una pequeña habitación, en el recibimiento, en las horas en que habitualmente la Condesa se encerraba en su gabinete, y había comenzado á pintar. La señora de Croix-Mort la sorprendió un día, entrando de improviso. Con mucha calma, la joven se levantó, y, como si arreglara las cosas, tapó cuidadosamente la obra que tenía empezada.

—¿Qué es lo que estás haciendo?—le preguntó la Condesa.

—Es una miniatura para un medallón,—contestó evasivamente.

—¿Un medallón; para quién?

—Para mí.

—¿Y con qué objeto?

—Para llevarlo pendiente de mi cuello con una tiritita.

—¡Ah! Enséñame esa obra maestra.

Edmea miró á su madre profundamente, y estuvo inmóvil un instante, como si dudase; pero luego, decidiéndose súbitamente, descubrió el pequeño trozo de marfil. La Condesa

miró, y reconociendo la fisonomía de su difunto marido, se puso livida. Miró luego á Edmea fijamente; el rostro de la joven era impenetrable. Movi6 la cabeza, y murmuró:—“¡Está bien!” Y se alejó, profundamente agitada.

¿Qué significaba en la hija este súbito afecto á su padre muerto?... ¿Era acaso una censura de la conducta de su madre? ¿Le habían disgustado las asiduas atenciones del Barón?... Sin embargo, nada más inocente. Jamás habiase visto una coqueta más formal que ella. Fernando era un cordero procedente de los rebaños de Mad. Deshoulières, peinado, rizado y engalanado, que obedecía, no á un cayado dorado, sino á un sencillo abanico. Sin embargo, impresionó profundamente á Regina aquella significativa protesta, y sintió penosa amargura. Y hasta concibió dudas sobre la rectitud de su conducta. Su conciencia, falseada por el sentimentalismo, sintió escrúpulos; pero un movimiento de despecho la llevó á no creer tolerable la intrusión de su hija en sus asuntos del corazón. ¿De qué se podía quejar Edmea, después de todo? ¡Una muchachuela de quince años, que se permitía abrir los ojos y ver hasta lo que no existía! Porque su madre habia estado encerrada durante doce años en el campo, en el fondo de una residencia sepul-

cral, para reconstituir su fortuna comprometida por aquel adorable padre cuyo retrato pintaba Edmea piadosamente, ¿habría de condenarse á encierro eterno? Y si la Condesa resolviera casarse, como era dueña de hacerlo, ¿qué diría entonces la hija intransigente y rebelde?

La señora de Croix-Mort fatigaba á sus solas su imaginación con estos pensamientos; pero en realidad, no afrontaba sin una inquietud singular la mirada clara y fija de aquellos dos grandes ojos que parecían leer en el fondo de su conciencia. Prefería que Edmea estuviese lejos de ella. Y como ésta no deseaba otra cosa, en cuanto entraba el señor de Ayères desaparecía la única que hubiera podido evitar que Regina sucumbiera á la tentación. Fernando se instalaba cerca de la Condesa, y comenzaba una conversación que duraba horas, sin que una ni otro la creyesen larga jamás. La Condesa, medio echada en su *chaiselongue*, cerca de un velador, donde había un florero con rosas, un libro y una cajita de bombones. El Barón se sentaba en un sillón muy bajo, donde casi estaba á los pies de la Condesa. Y en la intimidad del salón, en medio de los muebles y de mil objetos de arte, pasaban horas muy agradables, hablando del pasado y del presente, pero, por

un acuerdo tácito, jamás del porvenir, que parecía reservado, cerrado, como si no debiera llegar nunca.

Jamás la señora de Croix-Mort había sido tan dichosa. Lo mismo que en sus sueños de otro tiempo, cuando hablaba con un adorador misterioso, Fernando y ella, caminando por una pendiente irresistible, acababan por hablar de amor. Por las ventanas abiertas, el sol penetraba espléndido y brillante; subían de los jardinillos exquisitos perfumes, y Regina se entregaba con delicia á las dulzuras de estas tiernas conversaciones, en que, donoso subterfugio, todas las ternuras expresadas se dirigían á un ser imaginario, pero podían referirse á ella. Fernando sobresalía en este juego sentimental, en medio del cual solía apoderarse de los dedos de la Condesa, que acariciaba, como distraído, entre los suyos. Luego tomábale la mano y se la oprimía levemente, hablando al mismo tiempo en voz baja de amores ideales, para alejar toda sospecha é impedir las resistencias. Poco á poco su boca se acercaba á la mano de la Condesa; y en la deliciosa vaguedad de sus fantasías, Regina parecía no advertir la realidad abrasadora de aquellas caricias. Sentía, sin embargo, un calor ardiente en su garganta, y le acometía ligera sofocación. Le pa-

recía que dormía en medio de llamas; y saliendo súbitamente de su sopor moral por una sensación física intensa, se levantaba á medias, veía á Fernando de rodillas á sus pies, le miraba severamente, le obligaba á sentarse otra vez, y, viéndole obediente y sumiso, recobraba la confianza, y creía en su seguridad.

Sin embargo, estas largas conversaciones le parecieron, reflexionando un poco, que tenían serios inconvenientes. Las remplazó por paseos en la terraza. Pero estas entrevistas al aire libre, á la vista de todo el mundo, no le agradaban mucho á Fernando. Se le ocurrió la idea de proponer á la Condesa pasear á caballo por el parque. Supo persuadirla de que este ejercicio influiría ventajosamente en su salud. La Condesa se prestó de buen grado á este ejercicio, que era muy de su gusto. Como no había caballos de montar en Croix-Mort, Fernando trajo de *La Vignerie* uno para la Condesa. Y comenzaron á recorrer los bosques, juntos, siguiendo los caminos cubiertos de césped fino como el terciopelo, donde el galope de los caballos sonaba sordamente. Llegaba fin de Octubre, y la arboleda iba tomando matices dorados de preciosa armonía. Las hojas, secas por las primeras heladas, se desprendían de las ramas, y caían con un ruido metálico.

Levantábanse ásperas brisas que parecían estremecimientos de la naturaleza, precursores del invierno. Sorprendida por estos primeros fríos, Regina, con las mejillas sonrosadas, muy animada y respirando con libertad, gritaba: — “¡Corramos!” — excitando al mismo tiempo al caballo. El de la Condesa y el de su acompañante tomaban entonces un trote suave, que les llevaba por cualquier camino, siempre derecho, á tres ó cuatro leguas de Croix-Mort, en las pintorescas profundidades del bosque de Vieuville. Allí jamás encontraban á nadie. Algunas veces, en el extremo de un camino, veían la silueta de un guarda del Estado, destacándose sobre el fondo gris del cielo, ó bien, en un sitio donde se había hecho una corta, una choza de carboneros, en medio de un gran círculo negro de tizones mal recogidos, dejando filtrar por el techo el humo azulado, que revelaba la presencia de seres humanos en aquellos lugares. Iban, pues, el Barón y la Condesa por donde los caballos querían, completamente libres, entregándose á todas las caprichosas fantasías de su imaginación, y pudiendo hacerse la ilusión de estar solos en el mundo.

Una tarde, hacia las tres, después de haber amenazado el cielo lluvia toda la mañana, despejándose después, volvió á cubrirse, y comen-

zó á llover. Súbitamente comenzaron á caer con gran violencia gotas muy frias y muy gruesas. El bosque quedó en un momento envuelto en una especie de velo pardusco de una obscuridad impenetrable. Durante algún tiempo, al abrigo de una especie de bóveda de abetos, contemplaron silenciosamente el Barón y la Condesa cómo se espesaba y generalizaba la lluvia. Pero los abetos empezaron á soltar toda el agua que les caía encima, y fué preciso abandonar un sitio donde ya no se podía estar. Siguiéron su camino bajo la lluvia, procurando avanzar hacia Croix-Mort por caminos de travesía, y no viendo ante sus ojos más que la opaca y triste nube que les envolvía con sus torrentes de agua, que les azotaba el rostro agitada violentamente por el viento. El cielo presentaba matices amarillentos, grises y oscuros. Sobre la hierba mojada resbalaban los caballos, y haciendo esfuerzos para sostenerse y no caer, se impacientaban bajo el torrente que caía sobre ellos.

Regina y Fernando, apretando los dientes, bajando la cabeza, avanzaban, sin consultar ya el brumoso horizonte, cerrado completamente. Ya no reconocían los caminos por donde iban. El aspecto del bosque había cambiado por completo. El bosque, tan hermoso, tan hospita-

lario, era ahora sombrío, áspero, y parecía alargarse indefinidamente hasta perderse de vista, para prolongar la prueba de los dos jinetes perdidos en medio de la tormenta. La Condesa, cubierta con una capa que le había prestado Fernando, estaba, sin embargo, helada hasta los huesos; la lluvia empapaba sus ropas, que apenas podían sostener sus manos. Pero seguía valiente y sin coquetería á su amigo, sin exhalar una queja. El Barón dió un grito de alegría. Acababa de conocer dónde se hallaban. Un poste indicador se alzaba en el camino; se puso en pie sobre los estribos, y leyó:

—“Croix-Mort, cinco kilómetros; *La Vignerie*... —Estamos —dijo —á dos pasos de mi casa; trotemos, y allí encontraremos un abrigo, fuego, y medio de que Ud. vuelva á su casa sin peligro de su preciosa salud.

Como Regina dudaba, sintiendo un vago temor al oír esta frase: *Mi casa*, y presintiendo acaso una emboscada, el Barón añadió:

—Suplico á Ud., amiga mía, que no vacile. No podría Ud. sufrir más de una hora de camino con esta lluvia, y para llegar á Croix-Mort necesitamos todo ese tiempo, y cada vez cae con más violencia esta lluvia torrencial.

El Barón suplicaba respetuoso é insinuante, y parecía muy sincero. Regina, sin contestar,

dió un latigazo al caballo, y siguió al Barón donde éste quería llevarla. Cinco minutos después se detenían delante de una verja de hierro; el Barón tiró violentamente de la cadena de la campana, y un criado vino corriendo á abrir. Entraron á galope en el patio, y delante de la puerta de la casa, Fernando se apeó gallardamente, cogió á Regina en sus brazos, y sin que pusiera el pie en tierra, la llevó, atravesando dos ó tres salas, hasta una habitación grande que le servía de despacho. Allí Regina experimentó una deliciosa impresión, encontrándose en una atmósfera caliente, cerca de una gran chimenea, en la que ardían gruesos trozos de peral. El Barón de Ayères movió con su pie los troncos y avivó el fuego. Y luego, volviendo á mirar á su compañera, que en pie, miraba chisporrotear los troncos, un poco aturdida, y temblando dentro de su amazona empapada en agua, le dijo:

—No puede Ud. seguir con ese traje. Es preciso que se quite Ud. ese vestido... ¡Oh! Y no proteste Ud... Lo primero es su salud, gravemente comprometida... Siento no tener aquí vestidos femeninos que ofrecer á Ud., pero le ofrezco una buena bata mía, que la cubrirá hasta los pies, y le hará volver á entrar en calor.

Entrose en una habitación inmediata sin escuchar las protestas de la Condesa. Y ésta le oyó que abría violentamente los armarios. Pronto volvió con la bata, y riendo, pero con un cariñoso respeto que agradó mucho á Regina:

—Está Ud. en su casa, señora—dijo el Barón, —y desde este momento yo no soy aquí más que el primero de los criados de Ud... Ruego á Ud. que disponga de todo cuanto hay en esta casa... Ud. me perdonará que la hospitalidad no sea como Ud. se merece; pero aquí no se esperaba el honor de que Ud. viniera á favorecer y á hermohear esta triste casa... Ahora la dejo á Ud. para que se mude el traje... y haga lo que guste en completa libertad.

Saludó y salió. Un instante estuvo Regina suspensa, irresoluta, estupefacta, asombrada de lo extraordinario de la situación en que ella misma había venido á colocarse súbitamente. Se decía que la única culpable, en semejante ocasión, era la casualidad. No podía culpar á Fernando, que se esforzaba en atenuar lo desagradable de la aventura. Pero, de todos modos, lo cierto era que se encontraba en casa de un soltero, en su habitación, expuesta á desnudarse, y sin saber cómo y con qué se vestiría. La humedad de su traje le causaba una horrible sen-

sación, y resolvió cambiarlo. Corrió á examinar las puertas, levantó los *portières*, y echó los pasadores. Después, casi segura de no ser sorprendida, delante del fuego, que ardía muy vivo, se quitó la amazona, que podía torcerse, y buscando entre los vestidos de Fernando, se puso una larga y ancha bata de terciopelo color habana, cuyos cordones de seda dibujaron graciosamente su talle, dando más realce á la redondez de su busto.

Regina no pudo estarse quieta; produciase en ella una reacción demasiado viva, y le parecía que su sangre hervía en las venas. La llama de la chimenea le abrasaba el rostro, y con curiosidad, dió una vuelta por la habitación, que le pareció elegantemente amueblada con sus anchos divanes cubiertos de telas orientales, sus grandes sillones, y su gran linterna turca, adornada de cadenas de bronce, que colgaba del techo. Dos grandes arcas de sándalo con incrustaciones de nacar y de marfil, colocadas sobre preciosos taburetes, ocupaban los huecos entre las ventanas, y en el muro de enfrente se veía una bonita librería de chúcaranda, llena de libros preciosamente encuadernados. En medio una mesa-ministro, donde había paquetes de papeles, y una elegante cartera de piel de Rusia con las iniciales del dueño de la casa. Arri-

mada á la chimenea una escopeta de caza, y en una copa de bronce los cartuchos. En otra copa un pequeño llavero con llaves, cortaplumas y algunos cigarros.

Toda la vida íntima de Fernando estaba allí, á la vista de Regina, sin preparación, en su desorden de costumbre. En aquella atmósfera se respiraba un elegante perfume, muy propio de una habitación tan bien puesta y tan sencilla á la vez. El parisiense desterrado en el campo, pero conservando sus refinadas costumbres de *confort*, aun en su vida solitaria, se revelaba en aquellas blandas alfombras, en el espesor de las cortinas, que impedían llegar hasta allí los ruidos exteriores, en una especie de encanto sutil y penetrante, que era como su atmósfera personal. Se adivinaba que allí vivía un hombre joven, amable, apuesto, distinguido, é inexplicables seducciones, pero muy poderosas, emanaban de él, conmoviendo profundamente á la que leía, invisible y revelado, como un Dios que va á aparecer.

Un golpecito, discretamente dado en la puerta, la estremeció. Fué á abrir, y ruborosa, confusa, al verse vestida de aquella extraña manera, se acurrucó en el fondo de un ancho sillón cerca de la chimenea. Él también había cambiado de traje, y volvía correctamente ves-

tido. Avanzó con la mayor naturalidad, como si nada extraordinario pasara entre ellos. Preguntó á la Condesa cómo se sentía, aparentando no fijarse en lo extraño de su traje.

—No son más que las cinco— dijo;— el día acaba, y dentro de tres cuartos de hora ya no se verá claro, y nadie podrá conocer á Ud. en el camino. He dado orden de que se tenga listo el *dog-cart*. Así volverá Ud. á su casa con toda comodidad, y esta escapada no la habrá sabido nadie más que nosotros... ¿Le parece á Ud. bien, amiga mía?

—Muy bien. Estoy agradecida á Ud. por la solicitud con que ha procurado Ud. mi salvación... ¡Jesús! Verdaderamente, no sé lo que pasa por mí. Estoy como entumecida.

Echaba la cabeza atrás, dejando ver su cuello fresco y redondo. Sus ojos estaban medio cerrados, y parecía que iba á sucumbir al sueño.

—Esa es la fatiga de nuestra retirada bajo el agua torrencial que caía, azotada por el aire helado. Debería Ud. beber un poco de Málaga ó de buen vino de Alicante... No; voy á dar á usted un poco de vino caliente; es lo que yo tomo cuando vuelvo de caza en días de invierno.

Ella ni siquiera intentó contestar. El Ba-

rón acababa de abrir un armario y de tomar una taza de plata, un azucarero y un jarro de Bohemia. Se arrodilló sobre la alfombra, delante de la chimenea, cuyo fuego le abrasaba la cara, y con singular habilidad comenzó á prepararlo todo. Ella le miraba, inmóvil, en un estado de sopor delicioso, extendiendo sus miembros entumecidos, y escuchando con deleite el susurro del espumoso licor, cociendo entre los troncos inflamados. Cuando vió que el vino comenzaba á hervir, retiró el jarro, cortó un limón en pequeñas porciones con un pequeño cuchillo que le servía para cortar papel, y luego, llenando una copa de plata sobredorada, la presentó á Regina, que había seguido toda su maniobra con la mirada, sonriendo complacida.

—Esto hay que tomarlo muy caliente,—dijo con mucha formalidad.

Acercó Regina los labios al vino aromatizado, tosió ligeramente, y exclamó:

—¡Jesús, qué fuerte está!

Al cabo de pocos momentos, volvió á tomar la copa, y aplicó los labios otra vez... y luego acabó por beberlo todo.

El Barón, triunfante y apasionado, se había sentado cerca de ella, y la devoraba con los ojos.

—Ya ve Ud.—le dijo muy jovial,—que no soy torpe, y que, en caso de apuro, no necesito para nada de mis criados. Además, me es muy agradable servir á Ud. yo mismo, y reservar para mí sólo la alegría de la corta estancia de usted en esta casa, que para siempre conservará un precioso y secreto encanto, sólo por mí conocido. Siempre recordaré que en este sillón se ha sentado Ud., y que sus cabellos han rozado la seda de este respaldo. Muchos, muchos encantadores recuerdos conservaré aquí tiernamente cuando Ud. me haya arrebatado la felicidad alejándose de mi casa, dejándome profunda pena en el corazón...

—Me parece que de esa pena puede Ud. consolarse fácilmente—murmuró Regina,—puesto que podrá Ud. verme mañana.

—¡Ah! Ya no será lo mismo... Mañana no estará Ud. ya como está en este momento, en mi casa, conmigo, en mi mismo...

La Condesa bajó la vista, y se vió dentro de la bata de Fernando, en él, como acababa de decir él. Le pareció que la envolvía un calor más vivo, y que este calor era el ardiente deseo del galán, de que estaba impregnada aquella bata usada por él diariamente. Había una especie de posesión material en aquel momento por medio de aquella prenda, que ponía

casi en contacto la carne de la Condesa con la del Barón.

Experimentó una impresión tan fuerte, que sus nervios se estremecieron en una tensión hasta entonces no sentida, y tuvo como un espasmo. Aquella bata la abrasaba; creyó que no se encontraría bien si continuaba envuelta en ella. Y sin cuidarse de que estaba Fernando delante, intentó soltarse los cordones; hizo un brusco movimiento; las anchas mangas de aquel ropón se abrieron hasta los hombros, y aparecieron los blancos y torneados brazos de Regina. El Barón miró ansioso, y, de rodillas, cogiéndoselos con sus impuras manos, imprimió en ellos un beso, y otro, y cien más.

Regina intentó sustraerse á estas caricias. Pero él los tenía bien asidos, y los besaba cada vez con más sed de tan vivo placer. Habituada á las sencillas caricias de todos los días en Croix-Mort, creyó sin duda la Condesa que bastaría una mirada severa, una frase de reprensión, para obligar á Fernando, como otras veces, á mostrarse respetuoso y sumiso.

—Vamos, vamos—dijo, haciendo un poderoso esfuerzo—sea Ud. prudente.

El Barón levantó la cabeza, y era tan distinta la expresión de su fisonomía, su mirada de fuego tan siniestra, que tuvo miedo la po-

bre mujer. En un instante reconoció el inminente peligro en que se hallaba. La prudencia, de que hasta entonces no se había cuidado, le iluminó súbitamente. Sintió que rodaba por la pendiente de un abismo. Quiso acabar, y reuniendo todo el vigor de que era capaz en aquel momento, se levantó suelta, libre, dueña de sí misma, enérgica, enfrente del hombre que la espantaba. Él se puso en pie al mismo tiempo, y con el rostro encendido y los brazos abiertos, exclamó:

—¡Regina!

—No se me acerque Ud.,—gritó la Condesa.

Y volviéndose rápida hacia la puerta, intentó abrirla. No tuvo tiempo. Se sintió fuertemente asida por los robustos brazos del Barón. La oprimía sobre su pecho, y con voz temblorosa murmuraba á su oído las más apasionadas frases. Ya no era el sentimental é inofensivo galán que *madrigalizaba* tan pacíficamente horas enteras, contentándose por toda recompensa con un beso en las sonrosadas uñas de la Condesa. Era un hombre entregado á toda la violencia de un deseo, aguijado por largo tiempo de esperar el ansiado triunfo; un hombre loco, con la carne ardiendo, exigente, ávido, implacable, casi brutal. La Condesa sintió horror, lanzó un grito, arqueó su espalda

con desesperación para desasirse de los brazos de Fernando, haciendo los más dolorosos esfuerzos con el cuello, con los brazos, con todo su cuerpo. Pero él reía como un condenado, y, levantándola en brazos, se esforzaba en ahogar sus gritos, besándola con ansia delirante en la boca. Regina, no pudiendo resistir más, murmuró con voz de suprema angustia:

—¡Fernando!... ¡por Dios!... ¡compasión de mí!...

Fernando la envolvía en locas caricias. Regina se sintió desfallecer; creyó que la habitación daba vueltas con pasmosa rapidez, y exhalando un profundo suspiro, perdió el sentido.

Cuando volvió en sí, estaba tendida, apoyando la cabeza en el hombro de Fernando, que le hacía aspirar un perfume violento. Miró en derredor con asombro. No sabía dónde estaba: ni la habitación ni los muebles le eran conocidos. La actitud del Barón no le chocó. Hacía tiempo que había adquirido la costumbre de entregarse imprudentemente con él á cierto tierno abandono. Pero Fernando, muy bajito y con la voz más dulce, le dijo:

—¡Te amo, te amo!

Esta frase iluminó como un relámpago la obscuridad de su cerebro. Lo recordó todo, y, levantándose, exclamó con rabia:

—Déjeme Ud., déjeme Ud. ¡Es Ud. un miserable!

Él también se levantó, y se acercó á ella con la mirada suplicante; la pobre mujer ocultó el rostro entre sus manos, y rompió á llorar. Conmoviose el Barón, aunque estaba muy acostumbrado á ver llorar á las mujeres. Sentía el dolor sincero, profundo, desesperado de la Condesa.

Quedó inmóvil, preguntándose qué haría. No encontró en su imaginación más que frases banales de enamorado. Estaba ya frío como el marmol. La posesión le había satisfecho completamente. Su único deseo era proceder como hombre bien educado, y terminar correctamente la galante aventura.

Y pensaba, viendo llorar á la Condesa:

—Pero, ¿por qué tanta desesperación? ¿No era cosa segura que esto había de suceder?

No pensó un solo instante que la coqueta había podido esperar que nunca pasaría del límite de las coqueterías, y no había previsto que en un momento dado, en justa revancha, Celimena podía ser la víctima de Alcestes. Él que había visto siempre que sus conquistas no se preocupaban de otra cosa que de sucumbir con gracia, se asombraba de aquel dolor tan agudo y de aquellas lágrimas que no se seca-

ban fundiéndose en una sonrisa. Hasta entonces le habían llamado muchas veces monstruo, pero *miserable*, jamás. En una situación, tan nueva para él, quiso encontrar también ideas nuevas. Para este caso imprevisto le faltaba experiencia; pero él era capaz de inventar lo que no sabía. Se mostró muy enternecido, aunque ya miraba á su víctima con indiferencia, y con el semblante triste y la voz emocionada, dijo humildemente:

—Condesa; suplico á Ud. que se tranquilice... Si supiera Ud. qué martirio es para mí ese dolor...

Regina movió la cabeza, sin descubrir el rostro, como diciendo:—“Todas esas frases no pueden impedir lo que ha sucedido, y no repararán lo que es irreparable.”

Pero el triste y angustioso acento de Fernando le llegó al corazón, y aumentaron sus sollozos.

—¿Qué quiere Ud. que haga?—preguntó el Barón.—No tiene Ud. más que mandarme para que yo obedezca. He sucumbido á la violencia del amor que Ud. me inspira, y la he ofendido cruelmente. Bien castigado estoy por el dolor que siento viendo á Ud. llorar sin consuelo... ¡Regina, por piedad; dígame Ud. una palabra; haga Ud. un movimiento, si no quiere hablar,

que me pueda hacer creer que ese generoso corazón me perdona!...

Regina continuó muda, inmóvil, como si no le hubiera oído. Muy contrariado, dió algunos pasos, y se detuvo delante de la ventana; la lluvia continuaba tan fuerte como antes, cubriendo enteramente el horizonte como una muralla, confundiendo con las sombras de la noche. En el patio esperaba el coche que había mandado preparar. Volvió á acercarse á la señora de Croix-Mort, y, arrodillándose á sus pies, exclamó:

—Por piedad, señora, cese ya tanta desesperación. Ese llanto me desgarrá el corazón. ¿Qué cree Ud. que debe temer de mí? Mi respeto es tan grande como mi amor... Yo prometo á Ud. que con mi ternura, con mi respeto, con mi sumisión, le haré olvidar mi delito y perdonarme...

Y le decía todos los lugares comunes que sirven habitualmente de calmantes en esta clase de fiebres. Había encontrado el hilo conductor que de ordinario le llevaba derechamente al término de estas escenas. Su objetivo era que Regina volviera pronto á su casa, á fin de salvar las apariencias. Ya le estorbaba allí la Condesa, y se atrevió á decirse que si ella se olvidaba de lo que en aquel momento le importa-

ba más que todo, él, más celoso del honor de la mujer amada que ella misma, debía advertirle que el tiempo volaba, y era preciso volver á Croix-Mort.

Regina se levantó sin decir palabra. La vió pálida y con los ojos hinchados de llorar. Hizo un movimiento de ira y de orgullo, y le lanzó una mirada de rencor, expresión del que sentía en el fondo de su corazón. Con un gesto imperioso le mandó salir. Y cuando estuvo sola, arrancándose la hoga fatal que la había envuelto en efluvios pérfidos y corruptores, la pisoteó como hubiera querido hacer con el que la obligó á vestirla. Volvió á ponerse su amazona todavía húmeda, y abriendo la puerta, atravesó las habitaciones hasta llegar al vestíbulo.

Allí esperaba el señor de Ayères, sombrero en mano; la hizo subir en el coche; subió él vivamente y se colocó á su lado, y tomando las riendas, puso al trote largo el caballo. La Condesa no vió, durante su corta y penosa estancia en *La Vignerie*, ningún otro criado que el que les abrió la verja cuando llegaron á caballo: Fernando había cuidado de alejarlos. No había tenido que ruborizarse ante alguna mirada indiscreta. El trayecto se hizo en media hora; el camino estaba desierto. Al llegar á la puerta pequeña del parque, Regina tocó el brazo de

Fernando para que detuyese el carruaje. No quiso que se la viera volver en coche con él. Saltó ligera del *dog-cart*, y sin una palabra, sin una mirada, separándose de él como de un mortal enemigo, se alejó.

V

Esta actitud de la Condesa irritó mucho á Fernando. La Condesa tuvo este privilegio. El galán se encogió de hombros, y se hizo joviales reflexiones sobre el nada común rencor de Regina, que, jugando con fuego durante más de seis semanas, se ponía furiosa porque al fin se había quemado. Después el Barón pensó más friamente, y la manera de ser de la señora de Croix-Mort le inspiró una particular estimación.

Realmente era cosa inesperada y nada frecuente la ira de una mujer contra el hombre que la había poseído. Y precisamente cuando había sido suya era el momento que elegía para mostrarse enérgica y altiva, como si quisiera castigar la audacia con que se había apoderado de ella contra su voluntad. La Condesa mostraba una fiereza, que probaba evidentemente la pureza de su raza. Era realmente una gran señora,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO